

ct

La ternura

de
Alfredo Sanzol

(fragmento)

Escena I

Siglo XVI. En un galeón. Música de aventuras. Entran LA PRINCESA SALMÓN y LA PRINCESA RUBÍ. Se tumban sobre una sábana dorada que hay en el suelo del escenario. Con el ruido de las olas ruedan sobre sí mismas debido al movimiento del barco.

VOZ EN OFF

Madrugada de Agosto del año 1588, no muy lejos de las costas de Inglaterra, en un camarote del castillo de popa de un galeón español, duermen dos princesas: La Princesa Salmón y La Princesa Rubí. Las maderas crujen, las olas chocan.

Entra LA REINA ESMERALDA.

LA REINA ESMERALDA

(Mirando al público.) Hijas, despertad.

LA PRINCESA RUBÍ

¿Qué sucede, madre? Espero que sea importante, porque el cansancio de la travesía y el mal de mar no nos dejaban dormir. Y ahora que hemos cerrado los ojos...

LA PRINCESA SALMÓN

¿Cuándo tocaremos tierra? ¿Dónde estamos?

LA REINA ESMERALDA

Dejad con suavidad el abrazo del sueño y venid junto a mí. Vuestro tío, el rey Felipe II manda esta Gran Armada contra la Reina Isabel. Las costas de Inglaterra esperan temerosas el golpe de la madera cortada en España. Los espías del rey han concertado en secreto dos matrimonios de conveniencia con dos enemigos de la reina. El tuyo con el Conde de Essex, y el tuyo con el de Lancaster. La guerra da el relevo a la política y no sé cual de las dos es responsable de más víctimas. Nunca he deseado tal destino para vosotras pero el rey Felipe no escuchó los ruegos de una madre. Mis años han sido testigos de la carga que han supuesto los hombres para mí. Su voluntad se ha impuesto sobre la mía. Mis opiniones han pasado siempre a segundo plano. Cuando ellos han hablado por turno a mí me han asignado el turno del silencio. Cuando de forma natural han brotado mis lágrimas han sido objeto de su burla. Mis ideas para un mejor gobierno han tenido que viajar siempre en cartas firmadas con un seudónimo con nombre de hombre. Con mi honor se ha negociado como con una mercancía. Los hombres hacen de su imperio nuestra condena. Somos usadas como moneda de cambio. Hasta hoy la resignación era el campo sobre el que derramaba mis lágrimas, y en él han crecido la ira y el rencor. El estudio de los libros y la práctica de mi magia, hecha siempre en secreto, lejos de la mirada de los hombres, me han dado junto a los años la sabiduría que hoy, más que nunca, necesito. Mi plan es este: ordenar la tempestad que hunda esta Armada para libraros del fatal destino que el rey desea para vosotras. Voy a ganar vuestra libertad haciendo que el rey pierda su Gran Armada. A pocas millas de aquí hay una isla de muy reducido tamaño y solo yo conozco su existencia gracias a este mapa trazado en un sueño provocado por las

hierbas del conocimiento: La espinosilla, el chile, la cola de caballo, el cuachalalate, la ortiga y el colágeno. Se trata de una isla rica en todo aquello que la naturaleza puede ofrecer para regalar una vida tranquila. No falta ni la caza, ni el agua, ni las frutas. Un delicioso bosque provee de materias primas y una montaña no muy escarpada, coronada por un volcán dormido, protege de los vientos del norte.

LA PRINCESA RUBÍ

La isla es preciosa, madre, pero tengo más de cuarenta años. La fortuna con los hombres nunca me ha acompañado. Aunque lo deteste, deja que acabe mis días junto al Conde de Lancaster.

LA PRINCESA SALMÓN

Yo no quiero saber nada de hombres. Pegado a ellos viaja el dolor. Madre, hunde la armada. Haznos náufragas. Llévanos a la isla que solo tú conoces, pero permite que vivan estos soldados y marineros que han dejado tan lejos mujeres y descendencia.

LA REINA ESMERALDA

No podrá ser. Puedo hacer que nosotras no suframos el abrazo del mar ni en nuestros ropajes, pero estos pobres diablos se encontrarán con los seres que habitan los abismos.

LA PRINCESA RUBÍ

Ellos no tienen la culpa de nuestra desdicha.

LA PRINCESA ESMERALDA

Es cierto. Pero tres mil hombres no valen para mí el precio de una de tus pestañas. Ayúdame a colocarme este manto prodigioso que nos llevará intactas a la isla desierta.

Escena II

Mientras tanto, en la isla que LA REINA ESMERALDA considera desierta, tres leñadores cantan. Son EL LEÑADOR MARRÓN y sus dos hijos EL LEÑADOR VERDEMAR y EL LEÑADOR AZULCIELO.

EL LEÑADOR MARRÓN

Hijos, celebremos que hoy hace veinte años que vivimos felices sin mujeres en esta isla solitaria. No os podéis ni imaginar la alegría tan grande que siento al veros así de bien. Que pasen otros veinte años sin mujeres, y otros veinte, y otros veinte. Hemos vivido felices sin las voces agudas. Los cambios de humor. Las preguntas incomprensibles. Las largas peroratas. Y los llantos súbitos. Nadie ha querido cambiar nuestro carácter, ni nadie ha querido que adivináramos sus pensamientos. Nos hemos dormido en mitad de una conversación importante sin sufrir castigo por ello, y hemos podido olvidar las afrentas con la misma facilidad con la que hemos olvidado los gestos de amor. No hemos tenido que acordarnos de nada. No hemos tenido que escuchar: «¿Qué día es hoy?» porque los días han sido días y las noches, noches. Y los días han sido días y las semanas, semanas. Tan solo hemos tenido que acordarnos de lo necesario para comer, vestir y dormir. No hemos tenido que adivinar qué querían decir los gestos. Ni hemos tenido que interpretar los tonos de voz, porque lo que necesitábamos decirnos nos lo hemos dicho, y lo que no, no. Así le ha pasado el relevom el sol a la luna y la luna al sol. Cuando nos hemos sentido bien lo hemos celebrado y cuando nos hemos sentido mal nos hemos callado. Nadie ha venido a darle más vueltas al asunto. Nadie ha revuelto el fondo del lago. Nadie le ha buscado tres pies al gato. Disfrutemos de este hermoso día. El sol nos ha reservado sus mejores rayos, y ni una sola nube mancha el azul del cielo.

EL LEÑADOR AZULCIELO

Padre. Hermano. Mirad allí. En el horizonte. Un enjambre de velas.

EL LEÑADOR MARRÓN

Parece que el mar ha parido mil mástiles.

Música.

EL LEÑADOR VERDEMAR

El cielo las ha vomitado. Hay más de cien naves. Galeones, galeras, galeazas, urcas, naos, carabelas, zabras y pataches.

EL LEÑADOR MARRÓN

Entre todas deben de sumar más de diez mil hombres y tres mil cañones.

EL LEÑADOR VERDEMAR

Que mi lengua se llene de ampollas si no se dirigen contra las costas de Inglaterra.

EL LEÑADOR AZULCIELO

Qué extraña sensación. El aire me ha traído olor a tormenta y sin embargo el cielo brilla como la

hoja de una espada recién pulida.

EL LEÑADOR MARRÓN

No por mucho tiempo. Vienen por allí. Esas nubes no parecen nubes. Llegan del este y del oeste como dos ejércitos a punto de chocar empujadas por un viento enfurecido.

EL LEÑADOR VERDEMAR

Qué ha pasado para que cambie así el humor del cielo.

EL LEÑADOR AZULCIELO

El tábano de Io ha despertado a Júpiter y esta es su venganza.

EL LEÑADOR MARRÓN

¡La bóveda del firmamento se ha roto!

EL LEÑADOR VERDEMAR

La mar comienza a espumear como un perro rabioso.

EL LEÑADOR AZULCIELO

Las olas suben tanto que quieren dejar pequeñas a las montañas. ¡Los rayos atraviesan sus entrañas!
¡Arde el cielo!

EL LEÑADOR MARRÓN

Los galeones han dejado de ser galeones y se han convertido en cáscaras de nuez. No podrán aguantar mucho tiempo.

EL LEÑADOR VERDEMAR

¡Suben y bajan llevados por el agua como si estuviesen hechos de paja!

EL LEÑADOR AZULCIELO

Los gritos de esos desdichados son más fuertes que los truenos que los aplastan.

EL LEÑADOR MARRÓN

¡Mirad allí! ¡Los barcos arden! ¡Se están partiendo como palos en la rodilla del mar!

EL LEÑADOR VERDEMAR

¡Los hombres saltan al agua! ¡Buscan la esperanza en su sepultura!

EL LEÑADOR AZULCIELO

¡Se hunden! ¡La armada se hunde!

EL LEÑADOR VERDEMAR

¡La mar se traga a sus hijos como un Saturno hambriento!

EL LEÑADOR MARRÓN

Ya no se ve nada.

EL LEÑADOR VERDEMAR

Ya no hay nada que ver.

EL LEÑADOR AZULCIELO

Se calman las aguas y se retiran las nubes.

EL LEÑADOR MARRÓN

Calma sí, pero aterradora.

EL LEÑADOR VERDEMAR

La mar esta lisa como la piedra de una tumba.

EL LEÑADOR AZULCIELO

¿Ha sido cierto lo que hemos visto? Los infelices se tiraban al mar por no morir abrasados.

EL LEÑADOR MARRÓN

Aquí se acaban nuestras celebraciones. Nada se puede hacer contra la nada. Retirémonos a descansar hijos míos.